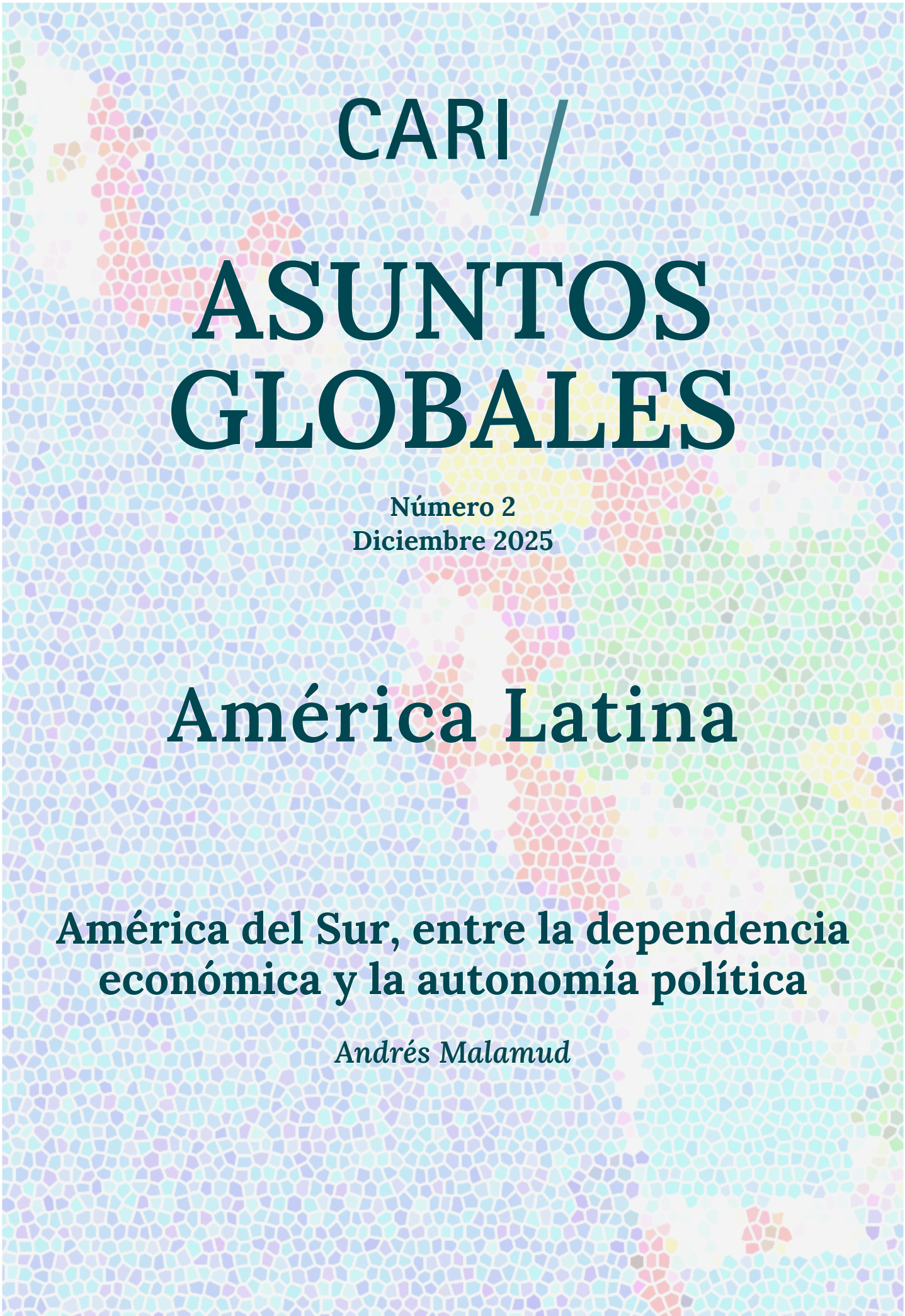




CARI / ASUNTOS GLOBALES

Número 2
Diciembre 2025

América Latina

**América del Sur, entre la dependencia
económica y la autonomía política**

Andrés Malamud

América del Sur, entre la dependencia económica y la autonomía política



Andrés Malamud

Licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires y doctor en Ciencias Sociales y Políticas por el Instituto Universitario Europeo. Actualmente es investigador principal en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa. Correo de contacto: amalamud@ics.ulisboa.pt

América del Sur es hoy tan dependiente como siempre, pero más autónoma que nunca. La dependencia es económica; la autonomía, política.

La dependencia económica deriva de la posición de la región en los mercados internacionales. Los países sudamericanos son productores y exportadores de materias primas. Los países del Pacífico exportan principalmente productos minerales; los del Atlántico, agropecuarios. Ambos productos son *commodities*, o sea, bienes de valor indiferenciado: un barril de petróleo es intercambiable por cualquier otro barril de petróleo, mientras una botella de vino puede valer diez dólares o diez mil. Una característica esencial de las *commodities* es la volatilidad de precios. En consecuencia, los países sudamericanos no solo no controlan el precio de sus importaciones, sino que tampoco el de sus exportaciones. A esto se suma la insuficiencia de capital interno, y consecuente dependencia de capitales externos, para impulsar el desarrollo. La disponibilidad de capitales externos está en función de la tasa de interés internacional, determinada por la Reserva Federal de los Estados Unidos. Esto agrega un segundo factor de incertidumbre, que los politólogos brasileños Daniela Campello y César Zucco (2021) han bautizado “la maldición de la volatilidad”.

La autonomía política deriva, paradójicamente, de la declinación geopolítica. América del Sur es hoy menos relevante que nunca para las potencias mundiales y para las demás regiones (Schenoni y Malamud, 2021). Esta irrelevancia relativa se manifiesta en dos dimensiones: como oportunidad y como amenaza. La riqueza de recursos naturales no deviene en poder político porque los precios e intercambios se definen en el mercado, no mediante conquista, imposición o resistencia —en contraste con la Europa de Putin—. Y los conflictos internos no devienen en amenazas globales porque la distancia geográfica limita la capacidad de daño —en contraste con la navegable frontera que separa a África de Europa—. La falta de relevancia

alimenta la autonomía: las potencias no están interesadas en ocupar territorios ni controlar Gobiernos porque no lo precisan. La época de invasiones o apoyo a golpes de Estado quedó atrás, y los países sudamericanos pueden darse el lujo de ser democráticos o autoritarios, de izquierda o de derecha, sin que un músculo se mueva en el Pentágono o el Departamento de Estado.

El mayor ejemplo de la irrelevancia latinoamericana quedó evidenciado en Madrid el 29 de junio de 2022, durante la cumbre de la más poderosa alianza militar de la historia, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). En esa reunión se definió el nuevo Concepto Estratégico, que establece las amenazas, los aliados y los rivales de la organización. Además de los treinta países miembros, que incluyen a Estados Unidos, Canadá, Turquía y buena parte de Europa, hubo dieciocho participantes especiales. Los asistentes comprendían treinta y cuatro países europeos (incluidos los ingresantes Finlandia y Suecia y los agredidos por Rusia, Georgia y Ucrania), nueve asiáticos (incluidas las subregiones de Asia oriental, el sudeste asiático y Medio Oriente), dos norteamericanos, dos de Oceanía y uno de África. Brilló por su ausencia una sola región. La razón no fue enunciada, pero tampoco ocultada: para los convocantes, América Latina no constituía ni una amenaza ni un recurso estratégico.

Pocas semanas antes, entre el 8 y el 10 de junio, se había llevado a cabo la IX Cumbre de las Américas en Los Ángeles. Joseph Biden y Kamala Harris presidieron una reunión en la que estuvieron ausentes Cuba, Venezuela y Nicaragua por decisión de los organizadores, pero también los presidentes de los cuatro países más relevantes para los Estados Unidos por su vinculación con las migraciones y el crimen transnacional: México y los centroamericanos del triángulo norte (Guatemala, Honduras y El Salvador). ¿El Gobierno norteamericano no tuvo capacidad para inducir a esos líderes a asistir o no tuvo interés? En cualquiera de los dos casos, la ausencia confirma que los países desarrollados no invierten demasiado tiempo o esfuerzo en seducir a América Latina.

La falta de interés por parte del mundo desarrollado es, al mismo tiempo, una buena y una mala noticia para la región.

La buena noticia es política: América Latina constituye la única región del mundo sin guerras en curso. Con poco que ganar y poco que perder, la consecuencia inesperada de la irrelevancia es la paz interestatal.

La mala noticia es económica: no existe el desarrollo endógeno, aquel que es producido y sostenido desde dentro del país. En el mundo hay tres tipos de países desarrollados: los pioneros, los herederos y los invitados. Los pioneros fueron las potencias coloniales que innovaron tecnológicamente y, alimentados por los intercambios asimétricos con sus colonias, generaron un excedente de capital que les permitió industrializarse: Inglaterra en primer lugar, los países de Europa occidental como reacción. Los herederos son los desprendimientos coloniales de los pioneros: Estados Unidos en un lugar destacado, y luego Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Los invitados son aquellos que deben su desarrollo a una estrategia de los pioneros o los herederos para asegurarse aliados y mercados: Europa mediterránea y oriental mediante la OTAN y la Unión Europea (previa reconstrucción vía Plan Marshall), los

tigres asiáticos merced al paraguas de seguridad y el acceso a los mercados provisto por las potencias occidentales. Japón es un caso mixto, ya que el inicio de su desarrollo fue por imitación más que invitación, pero, luego de la Segunda Guerra Mundial, fueron la protección y el financiamiento norteamericano los que permitieron la reconstrucción. La marginalidad comercial y geopolítica de América Latina determinó que los países desarrollados no vieran el beneficio de invertir para desarrollarla. La causa de que todos los países de Europa occidental sean desarrollados y ningún latinoamericano lo sea no es geográfica, cultural ni institucional: México no es más lejano que Portugal; Argentina no es menos occidental que España y las instituciones chilenas no son inferiores a las italianas. La causa es geopolítica.

Si la inestabilidad política y económica fue una peculiaridad histórica de América Latina, la estabilidad geopolítica constituye un trazo único desde inicios del siglo XX. La independencia de Panamá, en 1903, fue la última circunstancia en que un país de la región nació o se separó. Veinte países latinoamericanos participaron de la fundación de las Naciones Unidas en 1945, que tuvo cincuenta y un firmantes, y veinte siguen siendo hoy los miembros latinoamericanos mientras el total se ha elevado a ciento noventa y tres. Así, América Latina pasó de representar el 40 % de la organización a apenas más del 10 %. Mientras tanto, los europeos pasaron de catorce a cuarenta y cuatro miembros, y los africanos, de cuatro a cincuenta y cuatro. En América Latina los presidentes pueden caer y los precios volar, pero las fronteras son inamovibles desde hace ciento veinte años, y no hay armas nucleares. La violencia no ha sido neutralizada, pero ha asumido formas criminales antes que bélicas.

De aquí deriva el creciente desacople de políticas. Este fenómeno implica que, con la excepción de regímenes autocráticos como Cuba, Nicaragua y Venezuela, las consideraciones económicas y de seguridad están cada vez más separadas. Mientras las amenazas a la seguridad y las estrategias para abordarlas continúan atadas a la contigüidad geográfica, esto no ocurre con los desafíos económicos (Garzón, 2017). La seguridad se regionaliza mientras la economía se globaliza, transformando la naturaleza del regionalismo. Los países de América Latina son hoy más responsables que nunca de su propia seguridad, pero tan impotentes como nunca para moldear su futuro económico. Las amenazas que enfrentan sus democracias no provienen de los marines ni de la CIA, sino del crimen transnacional organizado (Luna, 2024).

El desacople entre la seguridad y la economía ha tornado a la integración regional, entendida convencionalmente como integración de mercados, cada vez menos necesaria y menos efectiva. El nuevo desafío para la cooperación regional es la lucha contra el narcotráfico, la minería ilegal, la trata de personas, el contrabando, el sicariato, la extorsión y los mercados secundarios de bienes robados, es decir, el combate contra prósperos mercados ilegales antes que la construcción de mercados legales.

Los fenómenos descriptos no se manifiestan homogéneamente; al contrario, se verifica una tendencia a la dispersión regional (Malamud, 2019). El clivaje principal no es el que divide a los países del Atlántico de los del Pacífico, sino a los del sur con los del norte de América Latina. La creciente conexión de China con América del Sur es producto de dos factores: la distribución geográfica de los recursos naturales y la reducción del rol de los Estados Unidos (Urdínez, Mouron, Schenoni y de

Olivera, 2016). A pesar de que algunos países sudamericanos han firmado acuerdos comerciales con países asiáticos como Japón y Corea del Sur, ninguno está cerca de rivalizar con China. De Colombia y Venezuela hacia el norte, sin embargo, los flujos de comercio, inversión, migración, remesas e incluso turismo siguen ligando a los países latinoamericanos con el hegemon tradicional. También en el área de seguridad esos países reciben más atención por parte de EE. UU., aunque nunca tanta como otras regiones del mundo.

La combinación de autonomía política con dependencia económica ha alimentado un fenómeno novedoso: la coexistencia de estabilidad democrática e inestabilidad partidaria. El régimen sobrevive porque la geopolítica no lo amenaza, pero los Gobiernos caen porque la economía los voltea —y arrastran en su caída a los partidos que los integraban—. La alta rotación y mortalidad partidaria se ha incrementado en los últimos años: entre 2021 y 2024 hubo dieciséis elecciones presidenciales en América Latina, y en trece de ellas ganaron partidos que no existían diez años antes (Scherlis, comunicación personal, 2024). Esto obliga a releer las resonantes victorias de Gabriel Boric en Chile y de Gustavo Petro en Colombia, así como el regreso de Lula en Brasil: más allá del aparente giro a la izquierda, lo que se verifica es un giro a la oposición. Este ciclo ocurre solo en América del Sur: al norte del canal de Panamá siguen ganando oficialismos como el mexicano, el salvadoreño y el dominicano.

La volatilidad electoral retroalimenta la debilidad gubernativa. A diferencia de la primera década del siglo, cuando el *commodity boom* permitía aplicar políticas redistributivas, los que hoy ganan elecciones suelen carecer de mayorías legislativas y sociales. No solo se encuentran en minoría en el Congreso, sino que, muchas veces, se tornan impopulares a poco de asumir, enfrentando una calle que tiene la sublevación fácil. El peligro que enfrentan las democracias latinoamericanas ya no es tanto la excesiva concentración de poder, sino su dilución (Barrenechea y Vergara, 2023).

Conclusión

América Latina transita tiempos turbulentos. Sus democracias se han demostrado resilientes, pero incapaces de mejorar la calidad de vida de sus pueblos, mientras los liderazgos están cada vez más volátiles, y los ciudadanos, más insatisfechos. La novedad es que, a diferencia de las demás regiones del mundo, las turbulencias no son bélicas. En este contexto la distancia de los centros de conflicto geopolítico y la escasa relevancia para las potencias del norte, sempiternas maldiciones de la región, podrían tornarse bendiciones. La inesperada autonomía política brinda una oportunidad: protegerse de las amenazas del mundo aprovechando las oportunidades internas. Para ello, sin embargo, sería indispensable reducir la dependencia económica. En este aspecto, la historia de América Latina se mantiene inalterada.

Referencias

- Barrenechea, R. y Vergara, A. (2023). El vaciamiento democrático en Perú... y más allá. *Nueva Sociedad*. <https://nuso.org/articulo/Peru-democracia-vaciamiento/>
- Campello, D. and Zucco, C. (2021). *The Volatility Curse: Exogenous Shocks and Representation in Resource-Rich Democracies*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.14201/rlop.28963>
- Garzón, J. F. (2017). Multipolarity and the future of economic regionalism. *International Theory*, 9(1), 101-135. <https://doi.org/10.1017/S1752971916000191>
- Luna, J. P. (2024). *¿Democracia Muerta? Chile, América Latina y un modelo estallado*. Ariel.
- Malamud, A. (2019). América Latina y el mundo: dependencia, desacople, dispersión. En M. Shifter y B. Binetti (eds.), *Promesas incumplidas. América Latina hoy* (pp. 105-25). Inter-American Dialogue.
- Malamud, C., Ruiz, J. J. y Talvi, E. (Eds.). (2023). *¿Por qué importa América Latina? Informe Elcano 32*, junio. <https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2023/07/informe-elcano-32-por-que-importa-america-latina.pdf>
- Schenoni, L. L. y Malamud, A. (2021). Sobre la creciente irrelevancia de América Latina. *Nueva Sociedad*, 291. <https://nuso.org/articulo/sobre-la-creciente-irrelevancia-de-america-latina/>
- Urdinez, F., Mouron, F., Schenoni, L. L. y de Oliveira, A. J. (2016). Chinese Economic Statecraft and U.S. Hegemony in Latin America: An Empirical Analysis, 2003-2014. *Latin American Politics and Society*, 58(4), 3-30. <https://doi.org/10.1111/laps.12000>